

SOCIEDAD Y NOVELA EN ESPAÑA 1940-1968

El cataclismo, la enorme tragedia que se desata sobre España de 1936 a 1939, mina en sus cimientos al país entero. Todo viene abajo. Hay que volver a empezar en economía, hay que volver a empezar en política, hay que volver a empezar en cultura, hay que volver a empezar en literatura. La novela, como cualquier otro aspecto de la vida nacional, debe iniciarse de la nada, resurgir de sus propias cenizas: las cenizas del exilio, la cárcel, la muerte, o el compromiso con el Régimen.

El antes y el después de la guerra civil es el hito histórico más importante de la España contemporánea. En todos sus aspectos. Por eso este ensayo, de reducido alcance, de limitada cronología y de temática sumamente precisa, debe arrancar del año 1940. En estas coordenadas temporales y sociales van a moverse las reflexiones que siguen, que naturalmente tienen conciencia de su limitación. Este ensayo pretende intentar más una visión de conjunto que una enumeración exhaustiva y total. Nadie que no sea nombrado, por tanto, puede darse por ofendido. Ni nadie que sea mencionado expresamente podrá sacar, como habremos de ver, demasiado halagüeñas conclusiones.

Tras una reflexión sumamente general y previa, comentaremos la importancia que para la novelística española contemporánea tienen algunas fechas claves en la historia reciente de nuestra creación noveltesca.

Causas de una ausencia

Hasta tal punto hay una interacción y mutua correspondencia entre literatura y sociedad que muy bien podríamos decir, en términos muy generales, que cada sociedad tiene la literatura que se merece. Dejando ahora a un lado el problema teatral, literario ciento por ciento, vamos a centrar nuestras reflexiones en el campo novelístico, por razones extrínsecas al problema mismo, pero enteramente válidas. Se trata de reflexionar, sencillamente, sobre la novelística española de treinta años a esta parte.

Es significativo el hecho de que en sociedades bien organizadas, en las que en contra de lo que se nos quiera hacer creer reinan el orden y la concordia —con las naturales tensiones, acciones y reacciones, signos de vitalidad— hayan ido surgiendo en años recientes una serie de movimientos literarios, signo expresivo de renovación, de la constante progresión. De la revisión de los propios principios, que no tienen por qué ser necesariamente indicio de subversión o mala voluntad. Francia, Holanda, Alemania, Suecia . . . , en cada lugar con sus propias características, la juventud, que es el elemento más inquieto siempre de la sociedad, ha creado verdaderamente nuevas formas expresivas en el campo literario. Dos de los casos más significativos de esta renovación que significa vitalidad nos lo dan Inglaterra y sus *angry young men* y los Estados Unidos con

JUAN JOSE COY

su *beat generation*. Prescindiendo ahora de si es acertado el rótulo, tanto en uno como en otro caso, es evidente que ambos movimientos literarios reflejan bien una serie de reacciones que definen la relación que el individuo tiene con la sociedad en cuyo marco se mueve su vida. Están también respondiendo a la originalidad de sus representantes, a su libertad de expresión, y muy fundamentalmente al presupuesto público al que sus opiniones, su protesta, su enorme vitalidad, van dirigidas. Este tercer aspecto es, con mucho, el más importante.

El raquitismo novelístico español de treinta años a esta parte es algo tan evidente que no necesita de demasiadas explicaciones. La censura oficial no tiene la culpa. Hay que recalcarlo con todo el énfasis necesario. La censura oficial es un factor más, un eslabón de la cadena, una parcela mucho más reducida de lo que muchos piensan o dicen, de un contexto sociológico mucho más complejo que es, en última instancia, el único causante de esta situación. Vamos a tratar de ponerlo de relieve.

El rechazo sistemático de toda innovación, por envidia o por cualquier otra causa, en el terreno cultural, político, religioso... no es fenómeno nuevo entre nosotros. Ciertos estratos de nuestra sociedad —los más influyentes, económica y jerárquicamente hablando— viven de cara al pasado, de espaldas al presente e inhibidos del futuro. Fernando Arrabal lo ponía de relieve agriamente, todavía no hace mucho: Manuel de Falla, don Ramón del Valle Inclán, tantos otros; no, no es nuevo el fenómeno. Son muchos, en todos los terrenos, los que han tropezado siempre con una serie de cortapisas que les han obligado al destierro voluntario. El reconocimiento oficial y social viene mucho más tarde, por razones enteramente extra-culturales: razones políticas en unos casos, de snobismo en otros. No tenemos, por tanto, por qué extrañarnos de un sustrato constante, hoy día agudizado sensiblemente por una serie de circunstancias.

La primera de estas circunstancias es la falta de grupos asociativos con una ideología propia que posean editoriales con unas finalidades distintas que el mero lucro. Si la Universidad malpaga a sus profesores, ¿cómo podemos siquiera pensar en que vaya a permitirse el lujo de mantener editoriales al margen exclusivamente del aspecto económico? Es ilusorio tan sólo el pensarlo. Consecuentemente, los libros son hoy día asunto poco menos que de especulación. Las ediciones suelen ser raquíticas; los libros, por consiguiente, son caros. Si a esto se añade el desprecio olímpico que nuestro público manifiesta por la lectura, el cuadro se comprenderá que no pueda ser más desolador. Los editores, como es lógico, no van más que a su negocio. No pueden hacer otra cosa. Los autores son irrisoriamente retribuidos. El Estado no cumple su misión. Y la cultura queda estancada. Se publica lo que mal o bien medianamente se vende. Nada más. Y los escritores escriben pensando no en lo estrictamente artístico o literario, sino en el presunto público consumidor. Los resultados todos sabemos cuáles son. Naturalmente, hay excepciones; excepciones tanto más honrosas cuanto infrecuentes.

Por otra parte, la mentalidad de ese presunto lector ha sido profundamente transformada, trabajada, consciente e inconscientemente, por una habilísima propaganda inteligentemente mantenida. La masa, la gente que podría fomentar con

su inquietud el nacimiento de nuevas fórmulas literarias, se ha llegado a convencer de que el orden lo es todo, de que cualquier intento de renovación o resistencia es producto de la subversión, de la maquinación extranjera. Volver a lo de antes, al caos de 1936, es la amenaza irracional, pero completamente real, que se trata de evitar. Esto, naturalmente, tiene su proporcional manifestación en todo fenómeno literario, social, político, cultural, incluso religioso. Ahora están dando sus frutos una serie de recursos y procedimientos concienzudamente puestos en práctica. El ciudadano, el presunto lector, resiste ya personalmente toda reforma. A eso ha llegado la labor tenaz, diaria, constante, de muchos años, de técnicas muy determinadas en el monopolio de un sector y en el control del otro, por lo que se refiere a los medios de comunicación social. La castración intelectual. Hasta tal punto ha llegado esta sistemática táctica que el hombre de la calle, cuando habla y opina, opina y habla con palabras y conceptos ajenos, que le han sido impuestos paulatinamente. Pero él cree que son originales y personales. Como vemos, la censura oficial no es sino un elemento insignificante dentro de este cuadro general de nuestra sociedad. Insignificante y fácilmente eludible: algunos novelistas han publicado en México, en Buenos Aires, en Bogotá. No, la censura en sí misma no es sino una pequeña partecita de un sistema tentacular que ha terminado por ahogar a la sociedad.

Este ahogo, sistemáticamente llevado a cabo, ha sido posible precisamente porque nuestro pueblo es alérgico a la lectura. Los titulares de los periódicos —ni siquiera las crónicas o artículos completos— son su único alimento para un hábito que en otros sitios está fuertemente desarrollado: el hábito de la lectura. De esta forma, la masa no ha tenido posibilidad de inmunizarse contra la censura ideológicamente orientada, que es la propaganda oficial. Y no se lee porque a esta actividad intelectual concreta se la sigue encarando con infinitos prejuicios, poco menos que con desprecio. Lo que sucede en el fondo es que leer es difícil, costoso, hace falta austeridad. Y entonces, al no existir ninguna de esas virtudes en el quehacer intelectual, la lectura es despreciada. Se la considera en muchas ocasiones como un mero pasatiempo. Pero cuando la hora del pasatiempo llega, jamás a nadie se le ocurre asomarse a un libro. La gente se va al cine, al fútbol, a los toros, a la sierra o a la playa. Los que otra cosa no quieren o no pueden hacer, ven esta absurda televisión nuestra. Sentarse y consumir unas horas en la lectura de obras importantes, sean literarias o no, es siempre costoso. No, en realidad la lectura no es cosa fácil, por más que algunos traten de despreciarla. Es una vez más la fábula de las uvas dictaminadas verdes por lo inalcanzables.

La situación sociológica, por tanto, el contexto complejo en el que este raquitismo novelístico se produce, es la causa de un efecto del que todos somos conscientes. La sociedad está subdesarrollada ideológicamente. Esta es una responsabilidad gravísima. Nuestro propio país, antes o después, pagará las tristes consecuencias. La unanimidad es el peor enemigo de toda sociedad sana y viva. Esto no deberíamos olvidarlo jamás. Esta novela nuestra unánime —con algunas excepciones— no resiste, en ningún sentido, la comparación con otras novelísticas de fuera. No hay, en resumidas cuentas, peor patriotismo que el patrioterismo.

Dentro de este contexto general, en este marco que ha quedado muy ligeramente esbozado, hay unas cuantas fechas claves que de 1940 a 1968 resultan esclarecedoras a la hora de enfrentarse a la relación individuo-sociedad, en la novelística española de los últimos treinta años. Veamos brevemente cuáles son esas fechas y qué significado tienen.

A la sombra de la guerra civil

Con la victoria de los ejércitos llamados nacionalistas, en 1939, se inaugura una época de nuestra historia en la que todavía estamos plenamente inmersos. Si la guerra civil de los Estados Unidos sigue omnipresente en el quehacer político de aquel país —y de ella se cumple ya el siglo largo— no podemos extrañarnos que la guerra civil española —por algunos llamada Cruzada y por otros Guerra de Liberación, respondiendo a un Glorioso Alzamiento Nacional— siga actuando en las instituciones, en las personas, en los módulos incluso expresivos, de nuestra sociedad contemporánea. Muchos somos los que no vivimos la guerra: se nos recuerda constantemente. Pero somos todos, ciertamente, los que seguimos pagando sus consecuencias, lo queramos o no. A la sombra de esta enorme tragedia contemporánea se mueve todavía la sociedad española. Muchos de ellos, de los componentes de esa sociedad, son los que defienden el inmovilismo, aterrados ante la lejana posibilidad de una vuelta "a lo del 36". Los españoles más recientes, respetando a las víctimas de un bando y del otro, nos oponemos terminantemente a aceptar esta guerra como razón de inmovilidad histórica. Porque el hombre marcha inexorablemente hacia un futuro siempre perfectible. Por más que esa perfectibilidad entrañe ciertos riesgos. En general, los que "vivieron" la guerra no aceptan los riesgos. Los que no la vivimos, conscientes cada día más de nuestros propios derechos, queremos buscar una sociedad más justa, más sincera y, sobre todo, más libre. La literatura española de estos treinta años empieza a ser reflejo de esta serie de tensiones, de acciones y reacciones.

Simplificando un poco, podemos decir que el decenio de los años cuarenta significa la época de la represión total. El Estado se confiesa teóricamente totalitario y actúa en consecuencia. Los disidentes, una de tres: o han muerto en el conflicto, o han emigrado por incompatibilidades políticas, o están encerrados en la cárcel por las mismas razones. La literatura triunfalista, oficial y falsa del momento, está ampliamente representada por hombres y obras que no hay por qué recordar. Es una literatura inexistente, falsa y desvinculada en absoluto de la problemática real, por circunstancias fácilmente comprensibles.

El decenio de los años cincuenta ve un cambio de situación. El aislamiento internacional a que se ha sometido a España empieza ya a presentar fisuras. Poco a poco el Régimen empieza a ir alardeando de cartas crediticias de dignatarios extranjeros acreditados en Madrid, de su incorporación al Occidente a través de los acuerdos bilaterales con los Estados Unidos, y por fin con el ingreso en las Naciones Unidas. Una brisa de ultramar y ultrapirenaica parece empezar a querer refrescar el enrarecido ambiente. Pero en lo interior la situación sigue siendo poco más o menos la misma.

El decenio de los años sesenta, todavía sin concluir, ve aumentar las nuevas corrientes del extranjero, encauzadas en una emigración laboral hábilmente explotada y en una corriente turística más hábilmente explotada todavía, y que proporcionan al país las primeras y dos más cuantiosas fuentes de divisas. En esta época se habla de una Ley de Prensa, de una Ley de Libertad Religiosa... de liberalizaciones sucesivas del Régimen. Liberalización en terminología. Y la inconsecuencia de palabras a hechos, la falta de democratización, de participación popular en el quehacer político español, no convence ya a la juventud, que no se traga el anzuelo y asiste estupefacta, dolorida y desconcertada, a la consolidación de situaciones que todos quisiéramos ya superadas. La unanimidad se resquebraja: los jóvenes obreros, los jóvenes estudiantes, los jóvenes profesionales, los jóvenes empleados y los jóvenes clérigos hacen prever tiempos mejores que los que ahora vivimos. Todas estas facetas, tan sumariamente apuntadas, tienen un reflejo literario que trataremos de poner de relieve en las páginas que siguen.

1942: La familia de Pascual Duarte

Todos hemos visto, con el más profundo desencanto, el giro que ha ido tomando recientemente la literatura de Camilo José Cela. Pero en su momento Cela tuvo el acierto de su Pascual Duarte, que significó la vuelta a empezar de la novelística española de la postguerra. Luego publicó **La colmena**, sobre el Madrid de los años inmediatos al conflicto armado. La novela, naturalmente, fue prohibida. Y Cela la publicó en América del Sur. Con estas dos novelas, y según aseguraba Cela tan seriamente en la revista belga **Syntheses** hablando sobre "Dos tendencias de la nueva literatura española", quedaban sintetizadas las dos líneas de fuerza más acusadas de nuestra literatura: el neorrealismo de **La colmena** y el tremendismo de **La familia de Pascual Duarte**. Para él todo lo demás no contaba.

Su novela de 1942 es una pura y simple evasión de la realidad circundante. Es una novela a-temporal. La relación individuo-sociedad, en cuanto reflejaba en esa obra, lo mismo vale para el siglo XVI que para el siglo XX. Y es que quizá, y por lo que a ciertas situaciones respecta, todavía nos encontremos en aquél.

Sea lo que sea del oportunismo de salida de esta novela, **La familia de Pascual Duarte** no responde sino a condicionantes literarios tan concretos que apenas interesa en este contexto. Pero tuvo su importancia en su momento.

1944: Nada; de Carmen Laforet

La protagonista de **Nada** se encuentra oprimida por una sociedad mezquina, estrecha y en estado de descomposición. El tono de la novela, como no podría por menos de suceder, es nihilista. Pero ese nihilismo no se atribuye a condicionantes sociológicos profundamente cercanos, al alcance de la mano. Sino a influencias del existencialismo francés, de un lado; o a

una crisis personal de la autora, de otro. Como la autora, por otra parte, supera esa crisis y expone esta superación cumplidamente en **La mujer nueva**, la novela que obtiene el primer Premio Nadal no inquieta excesivamente. No nos damos por aludidos. Esa decepcionante actitud de la protagonista con respecto a la sociedad circundante no resulta ser, de esta forma, una interpretación exacta de gran parte de la juventud del momento. Sino, ante todo y sobre todo, a influjos foráneos nefastos o a crisis psicológicas, interioristas y limitadas, de parte de la escritora. El triunfalismo oficial del momento no le da cabida a esta sentida requisitoria. Y se ven en **Nada** influencias francesas evidentes, que para nada afectan a ese convencido triunfalismo. Aquí no ha pasado nada, parece ser la consecuencia social ante esta novela descarnada.

La aparición de Miguel Delibes

En 1948 aparece Miguel Delibes, otra de las revelaciones literarias del Premio Nadal. Delibes es un hombre serio, un profesional consciente de que su carrera novelística no puede estar desvinculada de la circundancia en la que se mueve. Delibes es el novelista-puente que concluye los años cuarenta para intentar ciertas tímidas denuncias, en los años cincuenta. En la novelística de Delibes, así como en su labor periodística de extraordinaria importancia, la relación individuo-sociedad es tema cada día más acaparante, más exclusivo. Su testimonio, todo lo violento que en sus circunstancias pudo serlo, está respondiendo a estas preocupaciones básicas de las que Cela, por ejemplo, pronto se desentendió. Frente a la evolución decepcionante de Camilo José Cela, Miguel Delibes continúa su trayectoria honrada, todo lo audaz que se le permite —que no es mucho—. Pero el que dice lo que puede no está obligado a decir más si, como Delibes, es de la opinión de que la presencia en estas estructuras viciadas es esencial para reformarlas. Otros muchos no piensan así, desde luego. Y el éxodo de cerebros que España padece y sigue padeciendo se está debiendo no sólo a condicionantes económicos, sino también a condicionantes ideológicos básicos.

El individuo rural de Delibes es el protagonista constante de las mejores de sus novelas. O el individuo urbano de extracción modesta. No deja de ser significativo, en este contexto, la emigración forzosa de su "cazador" en busca de mejores condiciones de vida a las que, en su ingenuidad cazurra, se siente llamado al otro lado del Atlántico. Mientras tanto, el terreno iba madurando para la aparición, desgraciadamente fugaz, hasta aquel preciso instante: **El Jarama**.

Sánchez-Ferlosio y El Jarama

En 1955-56 aparecía esta magnífica creación, novela objetiva de la más avanzada línea, **El Jarama**. Y prescindiendo ahora de valoraciones puramente técnicas, hay que decir que **El Jarama** es la crónica de la clase modesta de la España de los años cincuenta. Una clase media que ha ido incrementándose paulatinamente, y considerablemente, a lo largo de estos treinta años: Es el factor sociológico más conscientemente trabajado por el Régimen, co-

mo base de sus postulados políticos. ¡Qué duda cabe que un cierto progreso, con respecto a los años anteriores a 1936, se ha conseguido en este país! La proliferación de los coches utilitarios, de los electrodomésticos y de otros artículos de consumo son frecuentemente esgrimidos como argumento decisivo para la continuidad del sistema. Pero mientras tanto, las masas obreras siguen descontentas y a los estudiantes no les engañan las argucias estadísticas. Un Estado, que se declara confesionalmente católico, fomenta en la práctica el materialismo y el confort, tantas veces criticados en los países opulentos, pero que en este caso y por oportunismo político es concienzudamente explotado. Pero **El Jarama** nos ofrece crudamente a esas "pobres gentes", de tan escasas perspectivas y de tan cortos alcances, en su más desamparada condición. La relación de este individuo anodino con esa sociedad que en el fondo le explota abierta o encubiertamente es el tema de la creación de Sánchez-Ferlosio. Los años sesenta significan un cambio de panorama.

Los tímidos brotes de los años sesenta

Los años sesenta, tanto más agudamente cuanto más avanzados nos vamos encontrando en ellos, son críticos en la historia de España contemporánea. Las tensiones políticas de estos últimos tiempos no hacen sino aumentar conforme va pasando el calendario de nuestra época. El oscuro porvenir, la ausencia todavía prácticamente total del pueblo en el quehacer político nacional, una serie de desilusiones, de promesas antes del referéndum del 66 que jamás se han cumplido... La inoperancia en la práctica de toda libertad real de prensa, porque la ley es sumamente ambigua y, se suceden las sanciones, los secuestros, los cierres, los expedientes administrativos, hacen que ciertas situaciones de los años cuarenta se mantengan en el fondo, aunque con una terminología liberalizadora que ya casi nadie se cree. La desconfianza es creciente.

Los síntomas de esta desconfianza creciente tienen naturalmente su reflejo en la literatura de estos años recientes. La aparición de Rodrigo Rubio ha pasado para muchos casi desapercibida. Pero sus dos novelas, **Equipaje de amor para la tierra** y **La Espera**, ponen al descubierto el desvalimiento, la desasistencia del mundo rural, que se ve prácticamente forzado a la emigración. Una emigración oficialmente fomentada, por causa de las divisas, sin caer en la cuenta de que lo correcto sería crear aquí puestos de trabajo. La emigración, en estas condiciones, comporta una serie de problemas personales, sociológicos, religiosos, familiares, psicológicos... que las autoridades que fomentan esa emigración parecen desconocer alegremente. Esa denuncia es fundamentalmente la que lleva a cabo Rodrigo Rubio en su novelística. Lástima que con respecto al mundo obrero urbano e industrial uno no conozca obra de fuste alguno, de fuerza comparable a la que significa Rubio para el mundo rural.

Y tenemos que llegar al año 1967 para ver en España la aparición de la primera novela, escrita en nuestra postguerra, sobre el drama de la guerra civil, desde el lado republicano. Ángel María de Lera, con **Las últimas banderas**, nos ofrece, mirando hacia atrás sin ira, una enorme verdad muy

pocas veces reconocida: la verdad de que en aquellos tres horribles años de 1936 a 1939 hubo personas bienintencionadas en los dos bandos y bandidos de la peor especie en ambas partes. Que en ambos bandos se llevaron a cabo indignos actos de venganza, represiones violentas inconfesables, barbaridades sin fin en una y otra zona. Y que en ambas zonas también hubo idealistas, gentes honradas y subjetivamente convencidas de lo razonable de sus actitudes y del valor de la lucha en defensa de esas ideas. Ni *Las últimas banderas* ni el autor son estrictamente del momento. El retraso, la espera hasta que este tipo de creación haya podido ser publicada, es suficientemente significativa. Casi tan significativa como el hecho —dicho de paso— de que el *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett, no haya llegado a los escenarios madrileños hasta el año 1967. Tímidas intenciones, casi trucos publicitarios sin más fines políticos que los que supone el "dejar pasar" ciertas cosas con el fin de poder decir que no es tan rígido el control como los malintencionados aseguran. Lo malo es que los resultados del referéndum del 66, los resultados de la puesta en marcha de la Ley de Prensa y los resultados de tantas otras promesas podrían dar pie para confirmar el desencanto.

Llegamos con esto definitivamente a la formulación consciente de la que se ha dado en llamar "la generación de la nueva conciencia". Su profeta se llama José María Sanjuán.

José María Sanjuán y su Réquiem por todos nosotros

José María Sanjuán era un muchacho casi todavía cuando "un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal, te ha derribado". En plena juventud, y en plena madurez, José María Sanjuán, nacido en 1937, ha muerto el día 5 de mayo de 1968 sin haber cumplido siquiera los treinta y un años. José María Sanjuán era un periodista y narrador nato. Su carrera estaba cuajada de reconocimientos oficiales y privados, de premios literarios y periodísticos. Premio Hucha de Oro de relato corto, Premio Sésamo de novela corta, Premio Nadal de novela por su *Réquiem por todos nosotros*.

Yo conocí personalmente a José María Sanjuán. En su casa de la calle de la Virgen del Puerto, sexto piso, a la orilla casi del río Manzanares, pasé con él largos ratos de conversación. Hablábamos, como suele suceder, de literatura y de política, de religión o de cine. De los mil y uno detalles de la vida cotidiana. José María Sanjuán era un hombre entusiasta, lleno de vitalidad, fundamentalmente inquieto ante el presente y fundamentalmente optimista ante el futuro. Lo esperaba todo del trabajo constante, del esfuerzo con fe e ilusión, de la tenacidad sin límites. Antes de cumplir los treinta y un años ya lo había conseguido. ¿Qué hubiera sido de este muchacho, "compañero del alma, tan temprano", si no se lo hubiera llevado la muerte?

En uno de sus artículos en *La Actualidad Española* fue José María Sanjuán quien acuñó la fórmula con respecto a la "generación de la nueva conciencia". La generación, año tras año engrosada —y esto deberían muchos tenerlo en cuenta—

de los que no vivimos la guerra civil, de los que nacimos o inmediatamente antes, o en pleno conflicto, o inmediatamente después. Una generación que se siente desvinculada del aparato de poder desplegado por quienes ganaron la guerra, se asentaron en una serie de puestos claves y en ellos siguen. Esta generación echa de menos, por ejemplo, la falta de participación del pueblo en la gestión política del país, echa de menos en las Cortes la más exigua representatividad, echa de menos la justicia a diversos niveles sociales. No se deja engañar por falsas promesas, no se fía de la Prensa, no se fía de la televisión controlada al servicio de una sola ideología. Esta nueva generación se pregunta, porque está viva e inquieta, muchos porqués hasta ahora dados por supuestos y que ya no se pueden seguir aceptando. Cuando esta juventud busca cauces para un diálogo no los encuentra. A esta juventud le repele el paternalismo político o de cualquier otra especie. Esta juventud busca sin encontrar. Esta juventud ha cobrado conciencia de la situación. Esta es la generación de la nueva conciencia. Este tipo de juventud se encuentra en las fábricas, en los talleres, en las oficinas, en la Universidad. Y en los seminarios eclesiásticos. José María Sanjuán pensaba —en algunas ocasiones me lo dijo textualmente— que la mejor temática novelesca en la España de nuestro momento podría detectarse en algún seminario. El clero joven no deja de ser joven por ser clero. Afortunadamente.

La terrible crisis generacional, que en nuestro país se acentúa por una serie de razones fácilmente deducibles de cuanto antecede, encuentra plena plasmación en *Réquiem por todos nosotros*.

Aparentemente una novela casi frívola, esta obra de José María Sanjuán nos presenta el trasfondo de ociosidad, estupidez y aburrimiento de una pandilla de amigos que reparten su veraneo entre la Costa del Sol, la costa vascongada en la vertiente francesa y los "paradisíacos paraísos" —como nos aseguran los carteles y propagandas turísticas— de Palma de Mallorca. Mario y Manolo son el contrapunto: estos individuos reaccionan contra una sociedad que les quita la ilusión de la lucha. Que pretendería, mejor dicho, erradicar de sus almas su intranquilidad, su rebeldía y su inconformismo. Manolo pretende emigrar a donde su trabajo sea valorado y justipreciado. Mario parece por un momento caer, ceder, claudicar. Al final, tras el accidente de automóvil que siega las vidas de sus compañeros, Mario entona el réquiem por todos nosotros, por cuantos no seamos lo suficientemente radicales para seguir siendo jóvenes. El réquiem por los que se acomodan, por los que una vez situados se olvidan pronto de sus ideales. Manolo es la integridad esforzada y tenaz. Mario, más débil, tiene un mal momento. ¿Quién no tiene un mal momento? El cansancio que produce la lucha, la desilusión de la esterilidad de los propios esfuerzos... La honradez, la ansiada, buscada, anhelada honradez ética personal. La consecuencia entre lo que se piensa y lo que se practica. La novela de José María Sanjuán es lúcida. Es una de las más lúcidas narraciones novelescas que conozco. Y una de las obras de la literatura española contemporánea que más agudamente plantean, de un modo espontáneo y no impuesto, la relación del individuo con la sociedad circundante.

Hace unos meses, en una entrevista que sostuve con José María Sanjuán, y que publicó la revista madrileña *Punta Europa*,

le preguntaba yo expresamente por el panorama literario español, tal y como él lo veía. Estas fueron sus palabras exactas, tomadas en cinta magnetofónica y transcritas fielmente: "Pues lo veo mal. Mal ahora. Lo verá bien dentro de poco. Te voy a explicar esto si me lo permites. Creo que a España le va a pasar casi casi exactamente lo mismo que a Italia le sucedió. Y creo que le va a pasar lo mismo en muchos aspectos: en lo social, en lo político y en lo literario. ... Yo lo que creo es que en España aparecerán, como sucedió en Italia a la caída del fascismo, una serie de personas como Pratolini, como Pavese... creo que vamos a seguir el mismo camino."

José María Sanjuán ya no lo ha podido ver. ¿Lo veremos los demás?

Conclusión

La sociedad está encorsetando al individuo en este país. Y a los novelistas. El panorama es complejo, deprimente en ocasiones, esperanzador a ratos. Esperemos.

Este ensayo que ya termina no ha pretendido dar una visión total de la novelística española contemporánea. Hubiera sido completamente imposible en tan reducido espacio disponible. Nadie omitido puede darse por ofendido. Los incluidos lo han sido en virtud de una serie de apreciaciones personales —desde luego, siempre discutibles— y que a través de unas fechas claves revelan más o menos el panorama general, muy a grandes rasgos, de la novelística española contemporánea.

Como José María Sanjuán al escribir su novela, el crítico ha intentado, en la modesta medida de sus posibilidades, desprenderse de una serie de tópicos, prejuicios y actitudes ya estereotipadas y consagradas, que recogen los libros consagrados y divulgados. Uno puede equivocarse. Quizá en ocasiones haya simplificado de modo inevitable. De lo que uno puede responder es de su esfuerzo consciente, mantenido —no sabe si conseguido— de independencia ideológica y de honestidad profesional. En una palabra, de decir las cosas como él las ve. Y aceptando, ya desde ahora, el que en una serie de materias opinables muchos de sus lectores no estén con él de acuerdo.

BIBLIOGRAFIA BASICA

Eugenio García de Nora
La novela española contemporánea.
Editorial Gredos, Madrid.

Juan Luis Alborg
Hora actual de la novela española
Ediciones Taurus, Madrid.

Domingo Pérez Minik
Novelistas españoles de los siglos XIX y XX.
Ediciones Guadarrama, Madrid.

Manuel García Viñó
Novela española actual
Ediciones Guadarrama, Madrid.

Gonzalo Torrente Ballester
Panorama de la literatura española contemporánea
Ediciones Guadarrama, Madrid.

Angel Valbuena Prat
Historia de la Literatura Española, tomo III
Gustavo Gili editor, Barcelona.